

PRIMERA BANDERA ARGENTINA

MARÍA CATALINA ECHEVARRÍA DE VIDAL

Dama patricia que confeccionó la primera bandera argentina. Nació en Rosario el 1° de abril de 1784 y falleció en San Lorenzo, localidad cercana a Rosario y sede del Convento histórico, el 18 de julio de 1866. La recuerda un relieve en el Monumento a la Bandera que ilustra el momento en que Manuel Belgrano recibe, de sus manos, la bandera, y una placa de mármol que, con motivo del Bicentenario de la creación de la bandera, fue emplazada en 2012 en el Pasaje Juramento del Monumento.

Manuel Belgrano y María Catalina

Blanca H. Parfait

La opalina luz de la luna insinuaba los contornos del escaso mobiliario y dibujaba con tenues brillos los metales de la espada. El arma delataba a su dueño quien, aún soñoliento, fijaba en ella su mirada en procura de ordenar sus pensamientos. Al recién designado coronel Belgrano el arma le hacía presente su carrera, ahora ya decididamente militar, y le volvía una y otra vez ante sus ojos la difícil misión encomendada por el gobierno patrio, que ya debía comenzar. No se le ocultaba que la organización de sus tropas debía realizarse con cuidado y premura. Repasaba en su memoria los nombres de sus amigos y, en un relámpago de recuerdos pensó en quien le había aconsejado tantas veces y con quien departiera sobre vida, ideas y profesión: Vicente Anastasio de Echevarría. Debía, pues, dirigirse a su casa. Era mejor que fuera hacia ahí ya mismo. Estaba acostumbrado a levantarse muy temprano, cuando aún brillaban las estrellas en el cielo, y más ahora que su profesión actual se lo exigía. Debía aprovechar las primeras horas de la mañana antes de que los rayos inclementes del sol del verano sudamericano hicieran de las suyas. Aprovechando el frescor matutino se dirigió a la puerta de calle y, mientras iba a la casa de su amigo pensaba en los sucesos acaecidos en los últimos tiempos- corrían los días finales de 1811- y, sobre todo, en las conversaciones sobre leyes que había mantenido tantas veces con su amigo y también colega ya que ambos habían cursado la carrera de abogado, él en la ultramarina España y Vicente Anastasio en la no tan lejana Chuquisaca. .

Mientras proseguía su camino hacia allí cavilaba en el encuentro y en el cúmulo de cuestiones a tratar. Seguramente su colega lo recibiría junto con su esposa María Antonina. Era público que Vicente Anastasio había esperado largo tiempo para poder casarse con ella, su prima, ya que había encontrado muchos obstáculos en su camino. El primero y decisivo, la oposición tenaz del notario José de Echevarría, que era, al mismo tiempo, su tío y mentor, además de quien le había costeados los estudios. . A causa de ellos ya lo había disgustado pues su protector deseaba que él estudiara teología pero Vicente se inclinaba a las leyes y así lo hizo, recibiendo de doctor en jurisprudencia.

Los novios habían esperado, confiados en sí mismos y en su amor pero no podían saber que la misma vida resolvería el problema con la infausta nueva de la muerte del notario. El camino estaba ya trazado hacia el tan ansiado casamiento que, con las debidas dispensas, tuvo lugar en 1805.

A tan querida pareja iba a visitar y a pedir consejo y guía a Vicente. Sabía de sus méritos militares pues su amigo había intervenido en las Invasiones Inglesas y había transportado un cañón desde Arroyo del Medio hasta el teatro de operaciones y por ello había sido nombrado en el Comisariato de guerra y, más aún, había colaborado económicamente con

los gastos que esos movimientos exigían. Mas su amistad se forjó al calor de la misión diplomática que ambos habían cumplido con éxito en el Paraguay, por orden del gobierno patrio. Vicente había estado presente en el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810 y la comunión de ideas acerca de las formas de gobierno de su querida patria habían hecho indestructible el lazo amical que los unía.

La criada anunció el arribo del coronel y la entrevista se sucedió en medio de las risas y frases chispeantes a las que Vicente, gran conversador, era muy afecto.

Enterado éste del trayecto que haría Manuel con su ejército, advierte que en su camino llegaría a la Capilla del Rosario, la pequeña villa por la cual ambos habían pasado ya en su misión al Paraguay. Vicente Anastasio había nacido en ella y era el único vecino que había llegado a ser doctor en leyes. En la villa vivía su hermana menor, María Catalina quien, habiendo quedado huérfana muy pequeña, había sido adoptada por el comerciante y maestro del lugar Pedro Tuella, único suscriptor en el poblado del periódico *Teléfono Mercantil, Rural, Político e Historiógrafo del Río de la Plata* y persona tan afecta a la poesía que era conocida por todos por haber escrito las décimas, publicadas por dicho periódico, por las que se invitaba a los feligreses a donar lo que pudieran para la construcción de la iglesia de la Virgen del Rosario, cuya imagen estaba en el pueblo desde 1773. La primera de esas décimas - escritas con la grafía de la época - es la que Vicente Anastasio lee a Belgrano, y así el coronel escucha, entre sonrisas que “Tres siglos ha y no cavales,/ que el Diabolo con alegría/ en esta tierra tenía/ oprimidos los Mortales/ oy son terribles sus males/ y brama con desconsuelo/ porque à la Reyna del Cielo/ (que al Diabolo quitó el poder) / Iglesia se le va a hacer/ en este dichoso suelo”. Pedro Tuella también gustaba de la historia y sostenía que un buen testigo de los hechos también debía anotarlos, y él lo hacía. Tenía, pues, el debido registro de todos los sucesos acaecidos en el lugar por lo que era, sin duda, el primer historiógrafo de la Villa y se recordaba el censo que había realizado donde constaba que en el poblado existían, en 1802, cuatrocientos vecinos. Podía, pues, proporcionarle los datos que el militar necesitara y, sin duda, lo ayudaría económicamente. Es por todo ello que le ofrece hospedarse en la casa de su hermana María Catalina, vecina a la de Tuella. La joven se había casado en 1810 con Manuel Vidal, alcalde de la ciudad, por lo que contaría, además, con la ayuda adicional de éste por su conocimiento de la zona y de las personas que la habitaban.

Mas era necesario volver a la cruda realidad de los tiempos de la independencia. Ambos sabían que en sus acciones se jugaba el destino de su querida patria. La misión encomendada a Belgrano era compleja para el joven abogado, devenido ahora militar por las atribuladas circunstancias con las que se enfrentaba el gobierno nombrado en 1810. La defensa del Paraná, como vía de comunicación y comercio era imprescindible. Se debían fortificar las riberas del río para impedir que los españoles invadieran las poblaciones costeras y arrasaran con las pertenencias de los pobladores, el ganado y todo cuanto necesitaran para su aprovisionamiento.

Desde Buenos Aires, parte Belgrano hacia su hazaña, comandando el batallón de castas y el 1º de Infantería, que marchan a pie hacia la Villa del Rosario donde llegan el 7 de febrero. Se instala el ejército y un fuerte pampero arrastra las tiendas de campaña y parte del vestuario hacia el río. Primer contratempo, pero solamente material, subsanable, pues. Arriban después el escuadrón de Dragones de la Patria y los Granaderos de Fernando VII a los que se unen los milicianos del pequeño poblado de la Villa. El joven coronel los observa y comprende que, en realidad, él no comandaba un ejército, sino un conglomerado desordenado de hombres. Era necesario aunarlos, dotarlos de la unidad que necesitaban y de las convicciones imprescindibles para que guerrearan como si fueran uno solo. Necesitaba urgentemente lograr la cohesión de los integrantes, erradicar las diferencias entre ellos y crear lazos de unión. Porque no existían, había que crearlos, había que idear, como primer paso, de qué manera se podían distinguir, en el fragor de la batalla, los hombres de su ejército de los realistas. Nada estaba hecho todavía y, consecuente con ello, escribe al gobierno diciendo que...” es llegado el caso de que V.E. se sirva declarar la escarapela nacional que debemos usar para que no se equivoque con la de nuestros enemigos...”

Los materiales los proveerían Tuella y los propios rosarinos, y la escarapela, aprobada por el gobierno patrio el día 18, luciría en los pechos de los soldados del ejército como signo de verdadera unidad.

Pero el coronel no descansaba, ambicionaba más, y una oculta determinación, más fuerte que todas las adversidades, lo incitaba a seguir su tarea.

El militar pensaba en las ideas que lo habían estremecido con una nueva fe, en la noción de libertad que le había mostrado una nueva forma de pensar con la cual se había comprometido con tanta vehemencia. Estaba acostumbrado a lidiar con las ideas, se lo había enseñado su profesión primera. Sabía, también, que las ideas tardaban en afianzarse y que, cuando lo hacían, eran indestructibles. Mas advertía que las ideas de libertad e independencia serían simples abstracciones hasta que no se concretaran en hechos y símbolos visibles. Entendía que no era ese el momento propicio para disquisiciones librescas sino solamente para arengas militares que inflamaran de coraje y pasión a los combatientes. Era imprescindible un símbolo que proclamara la libertad, un símbolo por el cual, con solo verlo, los hombres se supieran libres. Si lo lograba, no solamente se podrían distinguir los hombres entre sí, sino también los ejércitos, pues el seo no debía usar más el pabellón rojo de los realistas. Había que crear una enseña, porque solamente ella podría acercar a los hombres, rudos y valientes, al sentimiento de la patria. Una enseña propia, tan única que pertenecería solamente a los que creían en la nueva patria que alboraba, solamente ella haría que, a su vista, sintieran los hombres la fuerte pertenencia a la tierra en la que habían nacido. El símbolo encapsularía la emoción. Había que crear la bandera.

Habla, entonces, con la joven María Catalina y le cuenta su idea. Ella, entusiasmada, dice, sin dudarle, que ya estaba todo resuelto, pues serían necesarias solamente las sedas que le proporcionaría su padre adoptivo, Pedro Tuella, que había renegado ya de su aprecio por los españoles y se había adherido entusiasmado a la causa patriota - y que nada le negaba pues sería ella misma la que se encargaría de confeccionar la bandera de acuerdo con las indicaciones del coronel.

Puso, María Catalina, por su parte, todo el esmero que la empresa requería. Sus manos se movían con diligencia, amor y cuidado, imbuidas del patriótico entusiasmo que había calado hondo en todos los rosarinos. Los días se sucedían, incesantes, y el tiempo urgía, pues los sucesos se precipitaban muy rápidamente.

Belgrano ya había erigido, en el exiguo lapso transcurrido desde su llegada y con los materiales proporcionados por los pobladores, dos baterías que impedirían el paso de los barcos realistas, a una la había llamado Libertad (la que estaba situada en la barranca) y a la otra Independencia (que estaba localizada en las islas).

El símbolo fue confeccionado con todo el fervor que la joven dama rosarina sentía por los nuevos ideales, y el coronel sonreía al ver los afanes de la joven por seguir sus instrucciones y dar vida a su creación. ¡Por fin sus ideas se concretarían!. En cuanto estuviera lista los hombres mirarían la patria hecha bandera.

Llegó el día y la naturaleza, cómplice, prestó su marco. En un alborozo de colores ofreció el escenario ideal. Imponente, sobre las barrancas del Paraná en el rojizo atardecer del 27 de febrero de 1812 ondeaba por primera vez el pabellón patrio en un día inolvidable. Junto a la batería Libertad y ante los asombrados ojos de los vecinos convocados y del ejército formado, el coronel, con su espada en alto perfilándose en el cielo del poniente, pidió a sus tropas el juramento de amor, respeto y vida por la patria recién nacida en celeste y blanco.

El eco de las juramentadas voces estremeció el aire, resonó entre las islas y el río, manso, parecía asentir en el susurrante fluir de sus aguas.

Así, casi de la nada, sostenida sólo con la determinación y el coraje de sus hombres visionarios, comenzaba su camino la enseña de una nación.

No sospechó María Catalina que, al confeccionar la bandera, sería parte de la historia, mas sus conciudadanos la recordaron y la patria le rindió homenaje, muchos años después. Por ello la vemos en el Monumento a la Bandera en el momento de entregar la bandera a Belgrano; la recuerda, además, una pequeña bandera pintada en los muros del atrio de la

iglesia del convento de San Lorenzo, donde fueron trasladados sus restos luego de las refacciones hechas en ese lugar ya que, originariamente habían sido sepultados a la entrada de la iglesia que ella había ayudado a solventar y que pertenecía a la villa que había elegido para pasar sus últimos días..

Vicente Anastasio de Echevarría, por su parte, siguió firmemente adherido a la causa patriota y en un arrojado acto de fervor- que le acarrearía múltiples inconvenientes- decidió, en 1817, convertirse en armador de la fragata La Argentina a la que proveyó de treinta y cuatro cañones y ciento ochenta tripulantes, y contrató a Hipólito Bouchard para que enarbolara en ella la bandera de la patria y la hiciera conocer por el mundo. Sus restos mortales fueron trasladados a la Iglesia Catedral de Rosario donde, en una de sus paredes, reposan.

El general Manuel Belgrano, nuestro prócer, recordó a su patria hasta su último aliento.

¿Habrán hablado de la necesidad de la creación del símbolo patrio los amigos Manuel Belgrano y Vicente Anastasio de Echevarría en su entrevista?

La historia, como la vida misma, guarda sus misterios.

Blanca H. Parfait: profesora y escritora rosarina, descendiente de Doña María Catalina de Echevarría de Vidal Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Es autora de los siguientes libros: *La idea de la muerte en la filosofía y en el arte; Hombres e ideas: filosofía y educación; Los templos de Occidente: mito, arte y filosofía y Los caminos del pensar.*